



(Pátio de la casa de San Vicente.)

LAS CALLES Y CASAS DE MADRID.

RECUERDOS HISTÓRICOS (1).

* DESDE LA PUERTA DE LA VEGA Á PUERTA DE MOROS.

Por los costados de dicho palacio de los Consejos descienden una costanilla y un pretil á la estrecha callejuela del *Estudio*, hoy de la *Villa*, plazuela de la *Cruz Verde* y á los derrumbaderos mas que calles de la *Ventanilla* y de *Bamon*, que desembocan en la calle de Segovia.—En dicha callejuela del *Estudio* y su número 2 nuevo de la manzana 189, con fachada tambien á la calle de Segovia (número 24 nuevo), existe aun la casa á que debe su nombre, que fué *Estudio público*, pagado por la villa de Madrid, el mismo que regentó á mediados del siglo XVI el escriba citada maestro *Juan Lopez de Hoyos*, y á que asistió el inmortal *Corvantes*, á quien el mismo Hoyos apellida en alguna de sus obras *su caro y amado discípulo*. Esta casa, propiedad entonces de Madrid, pertenece hoy á los condes de la Vega del Pozo.—La que hace esquina y vuelve á la plazuela de la Cruz Verde y calle de Segovia, perteneció en el siglo XVII al maestro *Bernardo Clavijo*; y posteriormente y á principios del XVIII fué de *Sebastián de Flores*, maestro herrero de la real casa, con cuya hija *Doña Josefa* estuvo casado el célebre arquitecto *D. Ventura Rodríguez*, que poseyó por mitad esta casa y habitó en ella.—La plazuela que se forma delante, tomó el nombre de la *Cruz Verde* por una muy grande de madera pintada de este color, que sirvió en el último auto general de fé de la suprema Inquisición, y se hallaba colocada en el testero de dicha plazuela, en el murallon de la huerta del Sacramento, adonde ha permanecido hasta nuestros días en que ha caído á pedazos por el trascurso del tiempo. En el mismo sitio se ve hoy una fuente erigida en 1850 cuando se suprimió la general de Puerta Cerrada.

El trozo de calle de Segovia comprendido entre dicha plazuela de la Cruz Verde hasta la muralla antigua (que como hemos dicho cruzaba aquella hacia las casas de Moneda) estaba ocupado por las huertas del *Pozacho*, y se crea tambien que hubo allí baños públicos en tiempo de los árabes; pero no tomó forma de calle hasta que destruida la muralla, continuaron en su dirección, y las de la nueva salieron al campo las construcciones de casas á uno y otro lado; siendo

acaso las primeras las dos, una enfrente de otro, destinadas á la fábrica de la moneda, que entonces, como es sabido, era un privilegio afecto al oficio de Tesorero, enajenado de la corona, y recuperado por esta en el siglo pasado, ha continuado el mismo destino á ambos edificios, por cierto bien impropios, mezquinos é indignos de tan importantísima fabricación.—Los demás edificios de este trozo de calle (que por largos años se tituló *Nueva de la Puente* por dirigirla á la célebre obra de *Juan de Herrera*, construída sobre el río Manzanares en el reinado de *Felipe II*) son mas modernos y carecen de títulos ó recuerdos históricos, á excepcion del antes indicado número 24, que sirvió de *Estudio de la Villa* y tiene como dijimos su entrada principal por la callejuela de este nombre.—En la manzana frontera señalada con el número 156 entre la costanilla de S. Andrés y la plazuela y cuesta llamada de los *Caños viejos*, hay varias casas de sólida y moderna construcción. La última, algo mas antigua y conocida (acaso por su primitivo dueño) con el nombre de la *casa del Pastor*, tiene la particularidad de que estando colocada entre la calle baja de Segovia y el final del callejón ó plazuela del Alomillo, en lo alto de la Morería, da salida á esta como piso bajo por el que es segurado en aquella. En el costado de dicha casa que mira á la plazuela está la fuentejilla que se llamó de los *Caños viejos* de San Pedro, y sobre ella un escudo con las armas de Madrid.

Trepando, mas bien que subiendo, por aquella escabrosa cuesta ó la contigua de los *Ciegos*, se penetra en el tortuoso laberinto de callejuelas, hoy en gran parte convertidas en ruinas, conocido por el barrio de la *Morería*.—Este distrito puede dividirse en dos trozos: el primero, comprendido desde la muralla antigua, entre las del duque del Infantado y de la calle llamada hoy de Don Pedro, hasta puerta de Moros y plazuela y costanilla de San Andrés, y el segundo, entre dicho San Andrés y Puerta de Moros, hasta donde estaba la Puerta Cerrada, entre las cava de San Francisco y San Miguel. Quizás sea esta la misma division que antes se designaba con los nombres de *Morería vieja y nueva*. Nos ocuparemos por hoy del primero de dichos trozos.

Lo estrecho, tortuoso y laberintico de aquellas callejuelas real de la *Morería*, del *Granado*, de *Yeseros*, de los *Mancebos*, del *Aguardiente*, del *Toro*, de la *Redondilla*, etc.; las rápidas desvíes del suelo, la caprichosa y estudiada falta de alineación en las casas, y los restos que aun quedan de algunas de ellas que han resistido al poder del tiempo hasta nuestros mismos días, estan evidentemente demostrando su origen árabe, como las calles de Toledo, Granada, Sevilla

(1) Véase los números anteriores.

y otras muchas de nuestras ciudades principales; pero la modesta mansión de los restos que aun puedan sospecharse de aquella época, y la carencia absoluta de algunas construcciones importantes, tales como palacios, mezquitas, fabricas, baños, hospitales, que tan frecuentemente se encuentran en aquellas ciudades musulmanas, da claramente á entender la poca importancia que pudo tener el Madrid morisco, á pesar de los poéticos encomios de sus entusiastas colonistas, y de las preciosas quicuilas y enonimiasiones terciales del poeta madrileño D. Nicolás Fernández de Moratín (1), que se placen en consignar la tradicion de haber estado situado el tribunal ó *Alamín* del siseado moro en el callejon ó plazuela llamada del *Alamilla*, aunque mas probablemente vendrá aquel nombre de un árbol plantado al estremo de ella, que todos hemos conocido. La casa decorada por la tradicion en aquellos barrios por el pomposo título de *palacio del rey moro*, y que acabó de ser demolida por ruinas en estos últimos años, nos ofrece por cierto restos de semejanza presenciosa, y se diferenciaba poco en su construcción y ornato del común del caserío mexicano de aquel barrio primitivo.

Muy posteriormente á la reconquista de Madrid por las armas cristianas, y al compás que iba creciendo su importancia, extendiendo sus límites con el derribo de la muralla y el torapito de la *alcacerilla* que servía de foso á aquella, y dió después su nombre á la calle hoy llamada de *D. Pedro*, se construyeron sobre las ruinas de las antiguas habitaciones morunas algunas casas principales de mas importancia, y que aun se conservan en las calles de los Dos Mancebos, Redondilla y otras.

La principal sin duda de estar, y el verdadero palacio de aquel distrito, es la que ocupando un espacio de mas de 60,000 pies, y dando frentes á dichas calles y á la plazuela de la Peja, forma sola la manzana 150. y pertenece á D. Pedro Lasso de Castilla, y después á los duques del Infantado.—Este inmenso edificio, el mas notable entre los raros monumentos históricos que aun se conservan en Madrid, anteriores al siglo XVI, mereció ya á principios del mismo servir de palacio á aposentamiento á los señores Reyes Católicos D. Fernando y Doña Isabel en las diversas ocasiones que residieron en esta villa, habiéndose construido de su órden el pasadizo que desde dicho palacio comunica á la tribuna de la inmediata parroquia de San Andrés, convertida en capilla real con esta ocasion por aquellos monarcas. Igualmente recibieron en esta misma casa á su hija la princesa Doña Juana y su esposo el archiduque, después Felipe I, y después de su muerte se aposentaron en ella los regentes del reino el cardinal Cisneros y el dean de Lovaina. En ella hubo de celebrarse la célebre junta de los grandes de Castilla, en que interpusieron estos al cardenal para que manifestase con qué poderes gobernaba, contestó asombrados á los halcones que daban al campo y señalando la artilleria y tropas: *«Con estos poderes gobernaré hasta que el príncipe venga.»*

Posteriormente, enlazada la casa de los Lasso de Castilla (descendientes que eran del rey D. Pedro) con la de los Mendozas, duques del Infantado, pasó este palacio á ser propiedad de estos señores, residiendo en él hasta fines del siglo anterior los poseedores de aquel ilustre título que tan dignamente han figurado en la historia nacional.—La necesidad de abreviar nos obliga á pasar por alto muchos de los personajes históricos nacidos ó fallecidos en esta casa, haciendo únicamente escepcion de D. Rodrigo Díaz de Vivar, Hurtado de Mendoza, sétimo duque del Infantado y nieto del célebre D. Francisco Gomez Sandoval, duque de Lerma, ministro favorito de Felipe III y obispo cardinal de la santa Iglesia romana. La solemnidad con que se celebró el bautizo de este infante, verificado en 5 de abril de 1614 en la vecina parroquia de San Andrés, siendo su padrino en persona el rey D. Felipe III, y corriendo la disposicion de él por su ministro favorito el duque de Lerma, fué tal, que mereció quedar consignada en las historias de Guadalajara y de Madrid, hizose bajada desde la tribuna de la casa á la iglesia, y desde ella al aposento de la partida habia veintidos piezas seguidas y ricamente colgadas. Fué bautizado en la pila de Santo Domingo que sirve para los príncipes de Asturias, y asistieron á la ceremonia y fiesta toda la familia real y grandeza de la corte. Este duque fué después general de la caballeria, en el principado de Cataluña, luego embajador en Roma y virey y capitan general en el reino de Sicilia, y murió en esta misma casa en 14 de enero de 1637 sin sucesión, pasando sus estados á incorporarse á los del príncipe de Neólo y Eboli, duque de Pastreana D. Rodrigo de Silva y Mendoza.—Desgraciadamente este hermoso palacio, que ha per-

manecido en pie y regularmente conservado hasta el presente, empieza á desmoronarse, habiéndose tenido que derribar en este mismo año por ruinoso gran parte del frente que da á la plazuela de la Peja; pero se ha conservado su espaciosa estalera principal á la izquierda de su entrada, y muchos salones y aposentos; y tenemos entendido que el grandioso pensamiento de su ilustre dueño el señor duque de Osuna y del Infantado, es hacer reconstruir lo arruinado en los mismos términos en que estaba anteriormente, con el objeto de conservar vivo aquel testimonio de la historia madrileña.

La manzana número 130, contigua á este palacio y unida á él como ya queda dicho por el pasadizo á la tribuna de San Andrés, de una figura muy irregular, dando frentes á dicha plazuela de la Peja, calles de los Dos Mancebos, plazuela de Puerta de Moros, costanilla de San Pedro y *Calle sin puertas*, encierra en un espacio dilatado notables edificios y monumentos religiosos é históricos dignos de la mayor atencion.—Es el primero de ellos la antiquísima é inmemorial parroquia de San Andrés, que ya existia por lo menos en vida del glorioso San Isidro Labrador, patron de Madrid, á fines del siglo XI, habiendo sido sepultado en el cementerio de ella en 1150; si bien el templo actual, con la ampliacion que recibió en tiempo de los Reyes Católicos, y posteriormente, á mediados del siglo XVII, conserva muy poco de lo antiguo, y es también muy distinto en su forma y distribucion. Actualmente la capilla mayor está sobre el sitio mismo en que antes el cementerio, en donde se halla señalado con una reja el sitio en que primitivamente estuvo sepultado el santo patron de Madrid. A los pies de la iglesia, y donde antiguamente estaba el altar mayor, se guarda en una antigua capilla la curiosísima arca de madera sobre unos leones de piedra y decorada con varias pinturas, en la cual descansó por mucho tiempo el precioso cuerpo del Santo Labrador, y esta construccion se atribuye á Alfonso VIII, ej de las Navas, habiendo dado lugar á notables controversias históricas de los autores madrileños. Por lo demás, el templo es poco notable en su construccion, pero tiene ajejos otros dos, que aunque con el modesto nombre de *Capillas*, son muchísimo mas importantes bajo el aspecto artístico que la iglesia principal.—Una de ellas, la del lado del evangelio, y con entrada también independiente por la plazuela de San Andrés, es la elegante y suntuosa dedicada á S. Isidro Labrador, espléndida obra del siglo XVII y de los reinados de Felipe IV y Carlos II, costada por ellos y por la Villa de Madrid hasta la suma de doce millones de reales, y cuya construccion y adorno artístico, si bien sujeto á la critica del rigorismo clásico del arte, ofrece en su conjunto una grandiosidad sorprendente, y en sus detalles grandes motivos de estudio y de alabanza.—La otra capilla, ó mas bien iglesia independiente, que al lado de la epístola, y es la conocida con el nombre de *Capilla del obispo*, aunque su verdadero nombre es el de San Juan de Letran, con salida también por un patio y escalerilla á la plazuela de la Peja. Este precioso templo, de una sola nave, al estilo gótico ó giral, del que apenas queda otra ejemplar en Madrid, encierra entre otras notables obras de arte las magnificas sepulcros é enterramientos de sus fundadores D. Gutierre de Vargas Carvajal, obispo de Plasencia, y su padre, el licenciado D. Francisco de Vargas, del consejo de los Reyes Católicos y del emperador Carlos V; preciosísima obra de escultura, la primera de su clase en Madrid, así como también las preciosas hojas de la puerta de ingreso á la capilla, delicadamente esculpidas y bastante bien conservadas.

En el sitio mismo donde está edificada esta suntuosa capilla, y en la parte mas alta de la colina, conocida hoy por *plazuela de la Peja*, existia á principios del siglo XV la casa del muy noble madrileño Bay Gonzalez Clavijo, llamado *el Orador* por su fecundia, camarerо de D. Enrique III, y célebre en el mundo por el viaje que hizo á Sauracanda, en la Gran Bazaría, por los años de 1402, con el objeto de complimentar de parte de su soberano al memorable conquistador *Timur-Lenk* (Tamerlan), siendo el primer europeo, según su creencia, que penetró en aquel país de la Tartaria Mayor. Regresado á Madrid que penetró en aquel país de la Tartaria Mayor. Regresado á Madrid en 1406, escribió el curioso itinerario de su viaje, que después fué impreso por Gonzalo Argote de Molina en 1582, y posteriormente añadido á la coleccion de crónicas de España, publicadas por Santa a fines del siglo pasado.—Las casas de Bay Gonzalez Clavijo debían de ser del tipo suntuoso, que sirvieron de aposento al infante D. Enrique de Aragón, primo del rey D. Juan el II, en 1433, y pasando á fines del mismo siglo XV á la ilustre y antiquísima familia madrileña de los Vargas (que tenia tambien contigua las solariegos de su apellido), habiendo en su recinto la bella capilla ya indicada.

El resto de la manzana hasta la *Costanilla de San Pedro*, *Calle sin puertas* y *plazuela de la Peja*, fué todo igualmente casas del ya citado Francisco de Vargas, de quien era tambien la Casa del Campo antes del comprarlo Felipe II á sus herederos. Este licenciado Francisco de Vargas, padre del obispo D. Gutierre y señor de la ilustre y antiquísima casa de los Vargas de Madrid, fué tan privado consejero de los señores Reyes Católicos y del emperador, que no habia asunto de im-

(1) *Vista de Torres de Madrid, que empieza:*

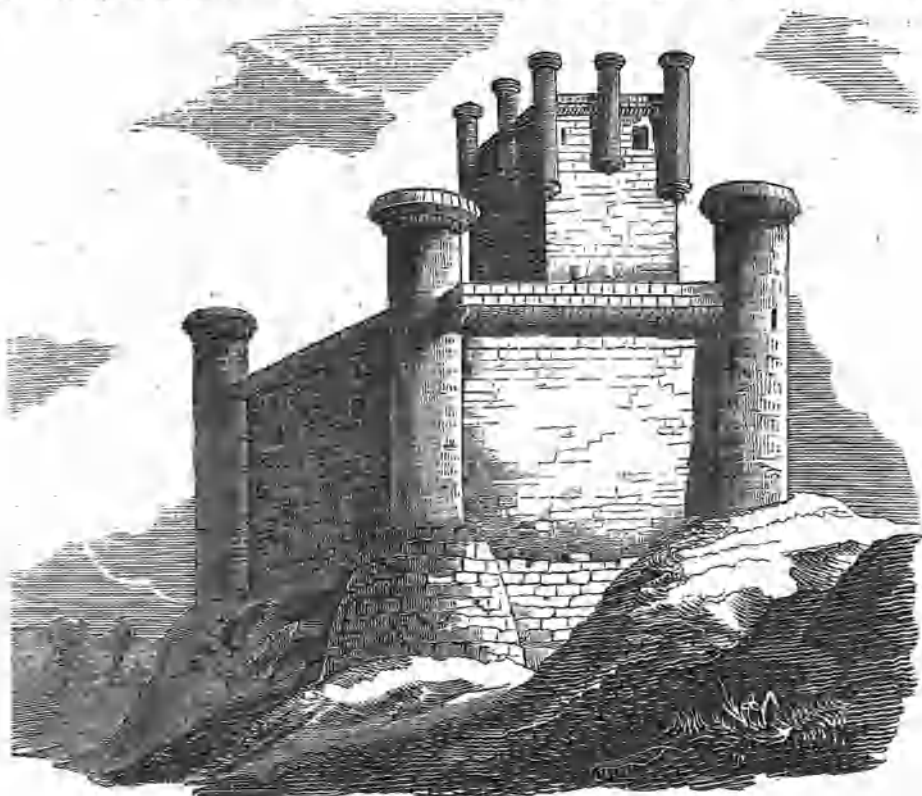
Madrid, castillo famoso,
queal rey once años el saudo, etc.

Disputa en verso hecho en la sesión de premios de las escuelas de las escuelas patrióticas verificado en 24 de diciembre de 1773, con algunos cambios sobre el original y nombre de varias calles de Madrid. Véase el *SEMARIO* de 1842, donde la insertamos (ver 48294).

portancia que no le consultasen, respondiendo con la fórmula de *Arzobispo Vargas*, que quedó después como dicho popular y aun como título de comedias de Tirso y otros.—La parte conocida hoy mas propiamente con el nombre de *Casa de San Isidro*, que recayó por alianzas con los Vargas en la familia de los Lujanes, es la que cae á los pies de la iglesia de San Andrés y tiene su entrada por la plazuela. En ella es donde se supone vivió Ivan de Vargas en el siglo XI, en tiempo en que le servía para la labranza de sus propiedades el piadoso Isidro Labrador, y en el patio de la misma casa se ve hoy el pozo milagroso de donde sacó el santo al hijo de Ivan que había caído en él, y la estancia, hoy convertida en capilla, donde según la tradición espiró aquel bienaventurado. Esta casa pertenece en el día al señor conde de Oñate, como conde de Paredes, descendiente de Ivan de Vargas, por una de sus nietas Doña Catalina Lujan, condesa de Paredes, á cuyo título debe tambien el privilegio de guardar una de las llaves del arca en que se conserva el cuerpo del Santo patrono de Madrid.—Los otros edificios contiguos á la capilla del obispo por la plazuela de San Andrés, fueron de los mayores fundados por Francisco de Vargas, que recayeron en su hijo D. Francisco, primer marqués de San Vicente, y hoy pertenecen como tal al señor duque de Híjar, que conserva el patronato de la capilla. En uno de ellos (en el que está el

pasadizo á San Pedro y perfil de Santisteban) existe aun un bonito patio cuadrado, circundado de galerías con columnas y escudos de armas, de cuyo gusto puede inferirse en construcción en los principios del siglo XVI. Todas estas casas, habitadas por el mismo licenciado Vargas en tiempo de los disturbios de los ramoseros, fueron saqueadas y maltratadas por estos en ocasión de hallarse aquel ausente al lado del emperador, y encomendada la defensa del alcázar de Madrid, de que era alcaide, á su heroica esposa Doña Maria de Lago y Coalla; posteriormente sufrieron un terrible incendio en 1544, hallándose habitadas por el cardenal arzobispo de Sevilla, y en ellas nació en 1609 el octavo condestable de Castilla D. Bernardino Fernandez de Velasco, siendo notables las fiestas celebradas para celebrar su nacimiento, entre las cuales merece mencion especial la mascarada que salió de la casa del duque del Infantado en la misma plazuela de la Paja, por donde tiene tambien la casa de San Vicente su entrada principal por dos arcos iguales.—Esta plazuela, aunque costanera é irregular, era la mas espaciosa en el recinto interior de la antigua villa, y podia ser considerada como la principal de ella, pues sabido es que la que hoy tiene esta categoría no existió hasta el tiempo de D. Juan el II, y eso estramuros de la puerta de Guadalupe, en el arrabal de San Ginés.

Aquel barrio, en fin, tan importante en el Madrid morisco, y si-



(Castillo de Torrelabaton.)

glos después, con la sucesiva construcción de los palacios ó casas principales de los Vargas y Castillas, Coallas, Aguilera, Sandovales, Lujanes y Mendozas, perdió notablemente en su celebridad cuando establecida la corte en Madrid á mediados del siglo XVI, fué estendiéndose rápidamente el recinto de la villa buscando terreno mas llano en las direcciones de Norte, Levante y Mediodía, fueron abandonadas aquellas tortuosas calles, aquellos desniveles y derrumbaderos de la parte occidental, en la cual apenas queda solo hoy mas que el recuerdo de su grandeza primitiva.

Delante de la iglesia de San Andrés y hacia el sitio que hoy lleva el nombre de *plazuela de los Carros*, venia á salir como queda dicho por detrás de la casa palacio de Luso de Castilla, el lienzo de muralla que terminaba en la *Puerta de Moros*, al sitio mismo donde hoy está la fuente con el propio nombre. Esta puerta, que era tambien fuerte, estrecha y con varias revueltas en su entrada segun la usanza de los musulmanes, y conforme aun se observan en la principal del palacio de la Alhambra de Granada y en otras de igual origen, estaba mirando á Mediodía y servia para la comunicacion con Toledo y otras ciudades principales, hasta que estendiéndose tambien el arrabal de la villa por aquel lado, desaparecieron puerta y muralla (1).

H. DE M. R.

(1) En el número próximo publicaremos la vista de la casa de Luso de Castilla, que no ha podido grabarse para antes.

PUNCIÓN NAVAL Y BATALLA DE TABASCO.

La conquista de Méjico, con todos sus episodios y accidentes, es uno de los acontecimientos mas grandes del mundo en el terreno de la política, de la civilización y de la guerra. Por esto las elocuentes plumas de Bernal Díaz y Pedro Mártir, de los Oviedo, Gomara y Herrera; del inspirado Solís, y de los cultísimos, bien que apasionados Robertson y Prescott, se han ocupado de ella para dar fama á sublimados nombres, mas que con la elegancia del estilo, con la aureola de gloria que circunda tan portentosos sucesos; y por esto tambien, aunque otras razones no militaran en abono de la conveniente economía que nos imponemos al tratar dicha conquista, nos veríamos precisados á callar, porque contrario proceder no acudiera forzado del asunto en descrédito de nuestros trabajos. El insigne Cortés, hasta allí considerado nada mas que como un aventurero atrevido ó afortunado, sale de la esfera comun del vulgo tan pronto como sienta la planta en las fronteras del imperio mejicano, y se remonta lleno de gloria al templo de los héroes. No eran ya incultas masas de seres degradados sin política ni disciplina, sin fuerza ni organización, sin razon ni intelligen-

ria, las que en adelante habían de oponerse á los soberbios planes de una febril conquista. El país de los aztecas, lleno de una cultura superior á la de todas las naciones del nuevo continente, estaba organizado sobre los fundamentos de las antiguas repúblicas en algunas partes, y en otras con arreglo á las más recientes monarquías. En lo político tenía sus emperadores y reyes, tribunales de justicia, jueces de categorías variadas, y todo aquello que constituye una administración recta y sólida, cimentada sobre las leyes del más escrupuloso derecho.

En lo religioso, rindiendo culto al más antiguo paganismo, hacía alarde de sus templos, con distintas divinidades simbolizadas por ídolos repugnantes y monstruosos, que por serlo no eran menos reverenciados de aquellos pueblos de gentiles: y en esta parte acaso era donde más se advertía hacia la civilización de los mejicanos; los cuales tributando el más profundo respeto á ciertas reminiscencias de la primitiva sociedad de los egipcios, de los que tal vez eran oriundos (1), así perfumaban sus dioses con la mirra y el incienso de Jerusalén, como con las abluciones humanas de sangre inocente, sacrificada en los altares impuros de sus falsas divinidades.

Por lo demás, el sacerdocio también estaba considerado como el brazo más poderoso de la sociedad, sabiendo de su seno en las naciones algunos monarcas, entre otros el mismo Motecuzuma, y á sus reglas y preceptos subordinado el conjunto, tenía sus leyes especiales, de las que se derivaban la continencia de los monjes, la reclusión de las vírgenes, y hacia el sagrado fuego del más famoso templo de los paganos.

No menos prevenidos y amaestrados en la guerra, su arte primitivo, del que se habían servido, procedentes del Norte como nuestros Scitas, para señorear la tierra en que moraban, la ley de la subordinación, principio fundamental de los ejércitos más poderosos, estaba allí cultivada con todo el esmero que se usa en los tiempos que vamos alcanzando. Su espíritu de conquista, en constante ejercicio contra las tribus bárbaras, tenía en perpétua escuela á muy experimentados caudillos, que ya que al alzarse sus armas no debían las más ligeras nociones de una táctica conveniente para resistir la agresión de los españoles, por lo menos estaban con las leyes de la naturaleza estratégica tan familiarizados, que en ocasiones á su espíritu y moralidad debieron muy notables ventajas.

Dados al culto de sus idolatrías por medio de sacrificios humanos, los cautivos se ofrecían en holocausto al dios de la guerra; y tanto más codicioso suponían que habían de ser los favores de aquella divinidad en las futuras campañas, cuanto mayor fuese en los altares el número de las víctimas. El fanatismo de los mejicanos rayaba tan alto en esto, que cuando su mala fortuna no les proporcionaba cantidad de prisioneros suficiente á su gusto, tenían á dicha hacerse matar en compensación de sus escasos mercaderías: de manera que, por semejante respecto de la existencia propia y por el afán de hacer cautivos que no muertos en el campo de batalla, ya se deja comprender el valor con que se entrarían en la lucha por los escudadores de sus contrarios.

Todavía, para mayor dificultad de la conquista, el grande imperio de Motecuzuma abundaba en otros medios de defensa no menos poderosos que la religión y la guerra. Las ciencias, las artes y la agricultura, cultivadas allí con esmero por todas las clases de la sociedad, hacían del pueblo, próximo á ser invadido por nuestras gentes, no una raza de idiotas que á la superioridad surmube de la inteligencia, después de la primera defensa, sino un todo compacto y animoso, que á una decida conteste amontonando los mayores esfuerzos anudados del pensamiento y de la materia: el *ultimatum* de una conquista inevitable, con el sacrificio espontáneo de los más caros objetos, inclusa la vida en el altar santo de la patria y en las aras de su moribunda independencia.

En grandes bloques de piedra tenían escrita, por mano de entendidos astrónomos, la revolución de los tiempos, el acompasado transcurso de las edades, y la revelación de un misterioso futuro. En sus oráculos ó oráculos, compuestos por los más hábiles poetas, estaban consignadas las glorias de sus guerreros, la historia de sus mayores y la alcurnia de sus reyes; y no faltaban á la vez diestros pintores que daban al lienzo, con suficiente verdad, aquellos hechos que de la frágil memoria pudieran borrarse (2).

En los templos de sus dioses se descubrían algunas nociones de la arquitectura piramidal de los egipcios, y en la permanente llambrea de su culto no se echaba de menos el sagrado fuego que las vírgenes alimentaban en el famoso templo de Vesta.

Los palacios de sus reyes, grandes y fastuosos, ricamente tap-

zados con primorosos tejidos de algodón y plumas preciosas, y sembrados de oro y pedrería, daban á la majestad real toda la importancia que tiene en las naciones civilizadas del viejo continente: y en suma, naciones en los tiempos de su conquista, harto daba á conocer que para conseguirlas, mayores aprestos eran necesarios que aquellos con que Hernán Cortés podía contar en los momentos de zafarse á ellas.

Los que constituían su poder antes de dar al viento las locas de su armada, cuando ya se disponía á abandonar la isla de Cuba desde el cabo de San Antonio, eran once naves; una de cien toneladas de porte, tres de á ochenta, y el resto carabelas y bergantines de más moderado buque; y por lo respectivo á fuerza personal, al pasar moestra en dicho cabo, talló que tenía á sus órdenes ciento y diez hombres de mar y quinientos cincuenta soldados en la forma siguiente: treinta y dos halateros, trece arcabuceros, diez y ocho hombres de armas, que eran soldados de á caballo, y el resto gente de pica y espada. Llevaba también diez lombardas ó piezas de grueso calibre, y cuatro falconetes (3), y por complemento de su poder, le acompañaban hasta doscientos indígenas de la isla y algunas mujeres, los cuales voluntariamente se ofrecieron, y Cortés aceptó como prendas de seguridad y quietud para las nuevas poblaciones donde iba á sentar la planta.

El día 18 de febrero de 1519 fué el señalado para que la flota partiese del cabo de San Antonio de la isla de Cuba, con rumbo directo á la costa de Yucatan, como objeto privilegiado de la empresa; pero contrarios vientos que del N. soplaron con fuerza, causaron á esta los mismos efectos que la de Grijalva había padecido, y la isla de Cozumel sirvió de escala y comienzo á la famosa conquista de Nueva España.

Á no dudar, si Cortés hubiera podido calcular las ventajas que semejante arribada había de proporcionarle, antes de pensar en poner las proas á la Tierra-firme se habría esmerado en dirigir sus naves á la mencionada isla; porque habiendo en ella logrado la conversión de sus naturales, hubo de alcanzar á la vez gestas nuevas de ciertos españoles que en la frontera costa de Yucatan se hallaban perdidos de algunos años antes, y el más singular goce de estrechar entre sus brazos al único de aquellos infelices que pudo sobrevivir á sus penas y desventuras.

Por más que la humanidad se interesara en primer término por la salvación de aquella víctima del infortunio, públicamente considerado el suceso, tuvo una importancia de alta consideración para los adelantos que debían alcanzarse en la conquista; pues hallándose enterado el reciénvenido, que era un cierto Genónimo de Agullar, natural de Sejoja, de todos los usos civiles, militares y religiosos de las gentes de la Nueva España, sus nociones sirvieron de fundamento á la exquisita prudencia de Cortés para conducirse en las ocasiones de mayor riesgo y empeño.

No tardaron en llegar estas mas tiempo que el que la expedición se entretuvo en la isla de Cozumel, fortificando las semillas de las doctrinas recientemente allí sembradas, y dando vigor á las amistades convenidas entre sus naturales y los españoles. Al cabo el día 4 de marzo abandonó Hernán Cortés con su flota aquella tierra hospitalaria, y costeadando la de Yucatan con rumbo al N. E., consiguió en breve montar al cabo Catoche, á internarse con próspera fortuna por la boca del Seno-Mejicano.

El famoso caudillo iba animado de muy benéficas esperanzas respecto á la cordialidad y franco recibimiento que anhela obtener de los habitantes de aquellas tierras en que ya Grijalva había concurrido; pues aunque á este y á su antecesor Hernandez de Córdoba no escaseaban las ocasiones de la guerra, todavía las inteligencias llegaron á asentarse con señales ciertas de reciproca armonía, y los cambios y rescates se habían hecho con beneplácito de forasteros y naturales.

En tal concepto, al llegar á la confluencia de cierto río dicho de Tabasco, sobre cuyas márgenes, á corta distancia de la mar, existía un poderosa ciudad de indios, y al cual Grijalva había puesto su nombre, el capitán general de la empresa, ansioso de sentar la planta en las tierras de sus hélicas ilusiones, mandó dar fondo en la boca del río; y echando al agua los botes, se disponía á ir de paz, cuando una multitud de indios, con gestos y alaridos amenazadores, y en guerra mejor armada que cuantos hasta allí habían peleado con nuestras gentes, hubieron de advertirle el peligro que corría de ir á tierra, si con fuerza bastante y bien apercebida no lo practicaba.

Entonces Cortés hizo guarnecer de soldados sus botes hasta que mas no cabían, y en estos, bogando hacia tierra, tuvo que sostener sobre la mar un terrible combate contra infinidad de canoas bien tripuladas de indios guerreros; de suerte que llegó á padecer harto trabajos hasta conseguir la victoria, merced á los arcabucos, matando

(1) Sobre esto he amontonado algunos datos en el capítulo que trata del origen de los indios.

(2) Cuando la expedición se internó por la costa y hubo de anclar la planta sobre las riberas de Villavieja, vio los indios de los más diestros en la noble arte de la pintura. Hernán Cortés mandó traer de nuestras gentes con sus armas, trajes y demás artículos, sin olvidarse de las naipes y otros juegos de la memoria.

(3) Los autores varían en el número y calidad de los cañones y arquetos que Hernán Cortés llevaba; pero yo, comparando, en lo más probable, con arreglo á las noticias de aquellos que, como Bernal Diaz, fueron testigos de vista, he tomado en mejores fuentes el causal que detallamos en sus obras.

a varios cañeros, echando á pique gran porción de sus frágiles buques, y dispersando á todos tras de algunas horas de muy reñido combate.

Aunque la táctica en aquella ocasión desplegada por los indígenas no alcanzaba un grado tal de perfección que pudiera hacerse temible á los españoles, ni sus armas eran bastantes á compelir siquiera periódica con las de nuestras gentes, con la mayor cultura, destreza y regular ordenanza que allí se manifestó de la parte enemiga, también se mostraron al claro entendimiento de Cortés los mayores peligros que había de atravesar antes de que sus convenientes progresos le facilitasen una absoluta seguridad para el éxito de su empresa. En efecto, los indios que á la mar se habían lanzado sobre débiles cañeros para rechazar la invasión de su territorio, lo hicieron, ante todo, con una decisión imponente; y su obstrucción en la pelea acreditó bastante que el amor á la independencia y la conservación íntegra de su territorio tenían en sus corazones levantada influencia para no ceder, ni siquiera á los estragos, nunca vistos allí, de las armas de fuego.

Las canoas, no como en otros parajes y ocasiones, acometieron á nuestros bajeles confundidas y apoltronadas, sino alineadas cuanto el cauce del río permitía, y tendidas en buena ordenanza. El aspecto de aquellos feroces combatientes tampoco daba á los nuestros la anticipada seguridad de la victoria con que en otras empresas habían contado; porque vestidos sus cuerpos de pintadas mantas, y defendidos sus pechos y espaldas por algodónados arneses, ostentando en sus cabezas levantados penachos de brillante plumaje, blandiendo en sus manos terribles mazas de rocosos troncos con pedernales incrustados, y arrojando dardos y flechas con una agilidad portentosa, la misma que desplegaron constantes en el manejo de sus canoas y en los abordajes que á veces intentaron sobre nuestros barcos, aunque á mas no se atendiera que á la infinita muchedumbre con que á cada momento se reforzaba de su parte la lucha, hubieran sido causas bastantes para que los ánimos vacilaran y la victoria fuera indecisa.

Lo que por una alcanzó la singular armada de los españoles no fué parte para evitar que nuevos gritos y mas feroces alaridos anunciaran á Hernán Cortés que todavía quedaba mucho por hacer antes que pudieran considerarse echados en parte segura los fundamentos de aquella conquista. Quizá porque las tendencias de su política se oponían al rudo choque de las armas, mejor hubiera querido separarse de aquel distrito, para ir á otro cuyos habitantes le recibieran menos belicosos, pues la prudente economía de la sangre era el predilecto cuidado de nuestro héroe, siquiera no fuese mas que en virtud de las instrucciones recibidas en la isla de Cuba, y de la poca gente que llevaba (1). Pero contra su retirada de aquel punto, donde una reciente ventaja podía mejorar la segunda acometida, gritaba la reputación de nuestras armas, y acaso también el éxito definitivo de la empresa. *Si se ha de pelear (hubo de decirle Hernán Cortés), sea donde ya nos conocen, que el suceso Dios cuidará de que se incline pelillero á nuestra banda. Luego, que bien podemos contar con serenos recibimiento donde quiera que vayamos; y para no escandalizar, bien será seguir la empresa por do la habemos comenzado con una victoria.*

Hecha tan pronta resolución, al día siguiente dispuso Cortés el desembarco de su ejército; pero aunque los indios no se arrojaron á las canoas como en el anterior combate, defendieron á palmas su terreno desde las márgenes del río hasta la próxima ciudad, la cual abandonada totalmente por los indígenas, fué señoreada por nuestras gentes, la primera de cuantas, por su traza y edificios, atestiguan en el Nuevo Mundo la pasada existencia de mas superiores y chinos habitantes. En efecto, no lejos de allí el investigador espíritu de muy recientes tiempos ha descubierto los restos grandiosos de la maravillosa ciudad de Palenque, cuyas ruinas monumentales han servido de estudio á infinitas corporaciones, abriendo vasto campo á la mas alta filosofía de la historia, para cuando alguna nueva revelación, salida como esta de las entrañas de la tierra, ponga de manifiesto la verdad de tan portentosos descubrimientos.

El completo silencio que reinaba en torno de la ciudad de Tabasco,

luego que los españoles estovieron de ella posesionados, hizo sospechar al caudillo que alguna empresa estratégica estaban combatiendo los naturales para alcanzar la ruina de sus molestos huéspedes; y á fin de despejar en lo posible tan oscura ignorancia, mandó salir bien armado en armas y cubierto varios destacamentos exploradores, los cuales tras de alguna escaramuzca volvieron á informarle de como todas las gentes de aquella provincia se hallaban en son de guerra, resueltas á dar batalla decisiva á nuestros soldados hasta conseguir su reemplazo ó exterminio.

La gravedad de semejante noticia hizo discurrir á Cortés los mejores medios de afrontar el suceso con éxito venturoso; y por lo que á su prudente consejo, mas que á su experiencia, debió calculando razonablemente que siempre en los asuntos de la guerra el agresor tiene de su parte toda la influencia moral, que no se puede conseguir sin profusas ventajas á la defensiva, se determinó á salir al campo con un pequeño ejército, á ir á dar impetuoso sobre las rebeldes haldas de sus indios enemigos.

Para mejor disponer en favor de sus armas el resultado de la batalla, ordenó en tres porciones las diversas de que sus fuerzas se componían; pues para que nada faltase á la función, hicieron desembarcar la artillería de sus naves; y dando encargo de esta á un soldado que en Italia la había servido con aprovechamiento, por nombre Francisco de Mesa, y la infantería, en once compañías ordenada con sus respectivos capitanes, al mando en jefe de Diego de Ordaz, reservó para sí la dirección de la caballería, teniendo cuidado en el comienzo de la batalla de ir á eriger por retaguardia los escuadrones contrarios.

Terrible fué el choque de los indios en sus repetidos ataques sobre la línea de los españoles. Ordenada su muchedumbre en cinco imponentes masas de ocho mil hombres cada una, su armijo apenas cedió ante los terribles estragos que en ella causaban los cañones; antes por el contrario, llegó el caso de que se confundieran en la pelea indios y españoles, en tal disposición que ni las lombardas ni los arcabuces podían tener uso sin manifiesto peligro de los mismos que los manejaban.

Hállándose en tal estado la pelea, fácil es considerar el extremo á que estaban espuestos los españoles, pues al menor desmayo que en cualquier flanco hubiera por desmayo ó inevitable rotura, aquellas terribles imponentes masas habrían remolado en muy ciertos momentos á tan pequeño ejército. Mas de pronto una grita atronadora y una nube de polvo que ocultaba los rayos del sol, se hicieron sentir por la espalda de los indios, y á través de algunos claros que á la luz daban paso, las relucientes corazas de los caballeros y sus largas espadas, desviando cuanto á su paso se oponía, brillaron como un meteoro de esperanza en las tinieblas de la duda.

Desde este momento varió por completo el aspecto de la batalla; los indios, que creyeron ver un ser compacto é indivisible en cada gigante con su caballo respectivo, no pudieron sufrir ni el impulso ni la vista de semejantes monstruos; de suerte que, dándose á la fuga en todas direcciones, facilitaron de nuevo un interrumpido fuego á las lombardas, y á la infantería dieron lugar para que volviera á hacer uso conveniente de los arcabuces, no quedando mas ociosas de su parte las picas ni las balistas.

La caballería, absteniéndose de herir al ver la completa dispersión de tanta muchedumbre, corrió en todas direcciones dando á los porros infinidad de prisioneros, los cuales, mas heridos en la imaginación que en sus cuerpos, escondían los rostros horrorizados, y como á espíritus sobrenaturales que á su arbitrio mapejaban los truenos, relámpagos y rayos de la tempestad, vinieron á rendirse sin mas oposición á nuestras gentes.

Esa fué, dice el padre Las Casas, la primera predicación del Evangelio por Cortés en Nueva España; y tan limpio sacramento, dando pie á los encaños del nombre español para aumentar los cargos y recriminaciones con que se alaman por empañar nuestra gloria, fué causa primitiva de cuantos hasta el día no han osado de dirigirse á nuestra administración en el hemisferio de Occidente.

Inocente, el fraile suponía que las masas doctrinas de la religion podian bastar sin oportunos escarmientos para sentir las dulzuras del Evangelio entre aquellas naciones steas ó paganas; y mal errado de su extranjero origen, siempre agresivo á los españoles, condenaba todos nuestros hechos de armas, como si entre las naciones civilizadas no se conocieran ya los oficios de la guerra, ó como si los indios, que siempre fuéron agresivos en aquellas partes, se entretuvieran en dispersar á nuestras gentes flechas de cera venenosa (1).

(1) La mal entendida piedad que se concedo en la general al padre Las Casas, pudiera muy bien atribuirse por una crítica mas á ingenuidad ó á un muy pobre entendimiento. El primer tope, es harto sabido que las escaramuzas del *Castro-shipa*, por el lugar de Chiapa, eran francesas; y como durante toda la primera mitad del siglo XVI, por las raciones de Nápoles primero, y luego por la caza de Alamanza, se entretuvieron nuestras armas en guerra constante con los *castro-shipas*, bien sería para la consideracion en este punto, por el alguna vez muy sencilla y constante aversión hasta á los mas moderados de nuestros *castro-shipas*. En segundo

(1) Tomemos á la vista esta autenticidad de las tales instrucciones dadas en la Ciudad de Santiago á 25 de octubre de 1518, en las que Diego Velázquez presenta á Hernán Cortés que usará con los indios el mas humano trato, cuidando en especial de no ponerlos á la Iglesia católica por los vicios de los halagos y los argumentos del orgullo, acomodados á su inteligencia por conducto de los intérpretes. Trátales en las armas de los cañones y arcabuces, y envuellos en muy nuevas ropas, y algo se tréales de la obediencia que los indígenas deberian ofrecer á los reyes de España. Pero en una sola palabra se resuelve en aquellos castros á inocuidad, no mucho menos se dijo más que á la crueldad de las armas conviniendo al uso de estas habiendo por sus consecuencias legítimas de los procedimientos de los indios en el recibimiento. El otro que atañe á los españoles, y esto no podria considerarse en buena lógica, tréales como á las bestias de aquella época; porque sería querer cargar los ojos de la religión con las desventajas de una manera civilización, que nuestros defectos no han bastado para que se padezcan, siquiera en los malos tiempos que vamos viviendo.

¿Ignoraba por ventura que allí donde al tráfico se abrían las puertas á los españoles sin alardes guerreros, callaban siempre los argumentos de las armas; ó pretendía condenar á la perpétua ignorancia de su estado salvaje é irreligioso, el ascético ministro á tantos millares de almas, cuya conversión estaba reclamando el Dios de las misericordias, únicamente invocado por el buen padre para acriminar nuestra conducta?

Hernán Cortés, cuya sábia política y rectos procederes han proclamado todos, hasta los enemigos de su nombre, antes de entrar en formal campaña había requerido de paz á los indios de Tabasco, como en Cozumel hiciera. Sus pacíficas y repetidas intimaciones fueron contestadas con una nube de flechas; de suerte que, siguiendo el principio mas conveniente para no herir la susceptibilidad del padre Las Casas y de sus apologistas continuadores, debiera haberse alejado de aquellas tierras donde la presencia de los españoles era un obstáculo á la continuacion de la idolatría, de los sacrificios humanos y de los mas sangrientos procederes.

No hizo tal el heroico caudillo: retado en campo abriólo en una época esencialmente guerrera y religiosa, admitió el desafío; porque otra cosa hubiera sido manchar los blasones de la corona, entonces la mas poderosa que en el mundo ceñía monarca; y ordenando su pequeño ejército de quinientos hombres contra cuarenta mil, es decir, teniendo cada español ochenta indios en su contra, segun los datos de aquellos autores que mas rebajan el número de los indigenas combatientes, se arrojó á la empresa mas aventurada que hombre alguno habia acometido. La buena combinacion de sus dotes marciales, mejor que el influjo de nuestras armas, pues ya se sabe que muy pocas eran de fuego, puso en sus manos la victoria cuando el éxito era mas dudoso; pero así que el derramamiento de sangre no fué indispensable, dejó de verterla; y cuando la retencion de los prisioneros no pudiera servir mas que como alarde de lujó, tambien dió á todos libertad para dejar de ser conquistador y hacerse su director y su amigo.

(Continuará.)

J. FERREN DE COUFO.

SATIRA CONTRA LOS ESTAFADORES.

Pues voy tus cuentas á ajustar despacio,
Empieza, sin mirar las museraññas,
Tu exámen de conciencia, Bonifacio;

Porque conozco bien tus malas mañas;
Estoy de tus ardidés prevenido,
Y no me has de ofuscar con tus patrañas.

lugar, es necesario que se aprenda por los que no lo saben, y se tenga en cuenta por los que afectan ignorarlo, que al padre Las Casas, hallándose en España antes de que en su muerte se desarrollara con tanta violencia su exquisita piedad por el bienestar de los indios, le fueron estraidos y puestos en libertad por una orden de la reina católica que á todos alcaudado, varón de aquellos infelices que tenia por esclavos á su servicio; y como si no pudiera tolerar mas adelante la práctica de los repatriamientos porque á él oportunamente no le habia aprovechado, se dió á la declamacion y á la injuria contra los españoles con toda la virulencia que se advierte en sus escritos. A la vista tengo ese libelo que el buen padre tituló *La destruccion de las Indias*, y presentes tambien de un general historia algunos capitulos copiados del original en la Academia de la nuestra; y en verdad que si muy verídicos comprobantes y la mención de los siglos no afirmaran la procedencia, difícilmente podría dictada tan sanguinarios argumentos. Los daños y perjuicios y aun muertes injustas que con ellos causó el padre Las Casas, hubo de conocer sin duda para salvacion del alma antes de dar á Dios la suya; de manera que horrorizado de sus propios escritos cuando se iba á despojar de los efectos mundanos, los quiso purificar en el crisol del tiempo, estampando en los dos primeros volúmenes una nota de su puño y letra, por la que hacía depositarios de ellos á los religiosos de la orden de San Gregorio de Valladolid, encargando que no los diesen á la estampa á lo menos sin que hubieran pasado cuarenta años despues de su muerte, ni siquiera los permitiesen ver á los eclesiásticos que en el mencionado convento se educaban en las prácticas religiosas. El primer estremo de esta nota lo afirman, con otros eruditos, el padre fray Antonio de Remasa en su *Historia de Chiapa y Guatemala*; el sabio señor D. Martín Fernandez de Navarrete en su coleccion de *Fueros y descubrimientos*, etc., tomo I, y mi respetable amigo el señor D. José Amador de los Rios en su elegante *Discurso sobre la vida y escritos de Gonzalo Fernandez de Oviedo*, edición de la Academia de la Historia. El segundo dato es mas general, puesto que sobre los fundamentos del propio Las Casas lo revelan sus historiadores y lo aceptan, bien que en agradable sentido, sus apologistas hasta nuestros tiempos, suponiendo que el despojo que le hicieron despartió su celo religioso y no sus recelos; lo cual podría pasar si el carácter áspero y ajeno del traje sacerdotal que sus escritos revelan su mas manifiesta lo contrario. Por lo que hace á la parte de su arropamiento, hablan por mí las notas autógrafas en los dos primeros tomos de la *Historia general de las Indias*, que originales estan en la Academia de la Historia. Por lo demás, de un carácter violento han hecho lenguas hasta sus propios continuadores y afectos. El doctor Bolertson en su *Historia de América*, libro V, califica sus opiniones de manifiestamente exageradas: el padre Charlevoix, que lo alaba por sus virtudes y erudicion, dice que tenia una imaginacion demasiado exaltada y se dejaba dominar de ella con exceso (libro II, pág. 265), y en general los que no han llevado una sincera intencion en su estudio, han comprendido iguales ó muy parecidos y aun peores defectos.

Eres un trépelon, siempre lo has sido,
Llenar quieres la panza á costa ajena;
Eres lo que llamamos un perdido.

La mas infame accion ha sido buena
Para tí, si á llenar era bastante...
De vinos y jamones tu placena.

Con tal de parecer hombre importante,
Sopliendo alguna vez lo que en tu pecho
Falta de corazon, con un diamante;

Te han visto tributar culto al cohecho,
Y sin que el miedo ó el rubor te venza
Después de tantas farsas como has hecho,

Nuevamente tu ingenio á hacer comienza
Cosas... dignas de tí, si se repara
Que son dignas de un hombre sin vergüenza.

Así, por corregirte, ¡empresa rara!
De tu senda mostrando los escollos,
Consejos voy á darte cara á cara,

Que no te han de saber por cierto á bollos;
Mas ya ha llegado, Bonifacio, el día
De sacudir un tajo á tus embrollos.

Cansado estoy de ver, por vida mia,
Que mientras un honrado ciudadano
No queriendo imitar tu villanía,

Teniendo buen deseo y juicio sano,
Y trabajando el triste día y noche,
Ganar para vivir pretende en vano;

Haya gente que gaste á troche y moche;
Gaba ó frae cada domingo estrene;
Lleve ricas sortijas, ande en coche;

De vino de Jerez la tripa llene,
Y atarda con dinero á los que saben...
Que no pueden saber de dónde viene.

Difícil me parece que se acaben
Estos y otros abusos que no ignoras,
Mientras haya bribones que se alaben...

Como tú, Bonifacio, á todas horas
Te alabas de encontrar sobre la tierra
Mas oro del que dices que azeoras.

No es luciendo en las aries ó en la guerra,
Ni rindiendo á las letras homenaje,
Ni amando la virtud que el orbe encierra,

Como un hombre cual tú saca el bagaje
Para llegar un día á ese boato
De que te jactas con ardor salvaje.

Incapaz ni un momento de buen trato;
Sin mas discernimiento que una trucha
Ni mas educacion que un balenato;

Tienes alguna gracia, aunque no muchá,
Y tienes atractivo, sobre todo,
Pues dejas sin camisa al que te escucha.

¿No hallaré yo de corregirte modo?
Si la vil tentacion de tí no alejo,
Te he de poner Garduña por apodo.

Atiende pues, infame, mi consejo,
O si quieres seguir tramps adelante
Mira tu portvenir en este espejo!

Conocia yo un jóven torzagante
Que paseos y calles frecuentaba
Con bota de charol y blanco guante:

A todos su riqueza deslumbraba:
Pues por bien que te encuentres, Bonifacio,
Nunca has tenido tú lo que él tiraba.

Por un vaso de agraz daba un topacio,
Disfrutaba en su casa tratamiento,
Y alojado vivía en un palacio.

Nadie explicar podía este portentoso,
Porque nadie el origen conocía
De jóven tan bizarro y opulento.

¿De dónde su riqueza provenía?
¿De una ducal herencia?... Se ignoraba.
¿De alguna profesion?... No se sabía.

Mas sin duda la suerte se cansaba
De proteger al hombre que imponente
De uniforme la corte frecuentaba.

Aunque, según afirma mucha gente,
Hoy el traje de este hombre estrafalario
Ha cambiado de forma solamente;

Que uniforme es su traje necesario;
Pero uniforme, para su fastidio,
Que en vez de palacio es presidario:

Pues harto de aquel fausto, que no envidio,
Has de saber que el pobre gana el cielo
Haciendo hoy penitencia... en un presidio.

Para lograr mejor tan santo anhelo
Pasa el verano sin tomar sorbete,
Y sin zapatos la estacion del hielo.

Siendo un tiempo señor de alto copete
Gastaba en el reló cadena de oro,
Y hoy la lleva de hierro en el grillete.

Aquel que antes bramaba como un toro
Si olvidaban tratarle de Escelencia,
Consiente ya que le hablen sin decoro.

Para sufrir sus males con paciencia
Dice que al buen callar le llaman Sancho,
Pero no acaba aquí su penitencia;

El que antes habitó local tan ancho
Duerme hoy en un estrecho calabozo,
Y en lugar de faisanes come rancho.

Diviértese de día haciendo un trozo
De carretera nueva en las Castillas,
Sin poder descansar, porque hay un mozo,

Ante el cual se hincan todos de rodillas,
Que en vez del tratamiento de Escelencia
Le da con un garrote en las costillas.

¿Quién era el hombre aquí que una sentencia
Mereció, condenándole iracundo
El destino á tan dura penitencia?

Voy á decirlo, á ver si te confundo,
Bonifacio; aquel hombre era el fullero
Mas parecido á tí que haya en el mundo.

Llegóse á averiguar que era extranjero;
Que lo mismo al contrario que al amigo
Sacaba con engaños el dinero,

Hasta que, viendo cerca su castigo,
Emigró, por no verse avecinado
En la casa fatal de poco trigo.

Continuó en tierra extraña denudado,
Pasando, como tú pasas la vida,
Es decir, á la estufa dedicado.

Hasta que, dando un juez con su guarida,
Cojió un día infraganti al delincuente,
Y le impuso la pena merecida.

Creo que he dicho ya lo suficiente:
Si á atajar, Bonifacio, tu estravio,
No basta una lección tan elocuente,

Signe en buen hora tu sendero, impío;
Pon en juego las fábulas que inventas;
Gasta en falso papel de tinta un río:

Enreda bien tus cuentos y tus cuentas,
O al acreedor divierte con la gracia
De una de tantas quiebras fraudulentas.

Si á descubrirse llega tu falacia,
Y aquellos que han perdido su dinero
Te quieren perseguir con eficacia,

Nada el honor te importe, majadero;
Lo primero es la vida, cruza el Ponto,
Y roba sin piedad al extranjero.

Cuando uno llegue á conocerte, pronto
Te dará con la puerta en los hocicos,
Pero hallarás al cabo mas de un tonto,

(Pues no suelen faltar entre los ricos)
Que te haga el caldo gordo, alucinado,
En vez de hacerte la cabeza añicos.

Habla de algun tesoro .. imaginado,
Y sin ver que tus bienes son castillos
Forjados en la mente de un malvado,

Los hombres inespertos y sencillos
Te ayudarán á descubrir la estrella
Que venturosa alumbró á muchos pillos.

No temas que te aparten de esa huella
Los que, amantes de zambra y diversiones,
Gocen contigo de ocasion tan bella.

Mientras haya en tu bolsa dos doblones,
Borracho bailes, ó salvaje riñas,
Necios habrá que adulen tus pasiones.

Y no te faltarán las socialinas
De algun bribon que aplauda tus maldades
Por tener una parte en tus rapiñas.

Haz en fin, Bonifacio, atrocidades;
Mas sufre que la espesa catarata
Te quite de los ojos; no te enfades.

Como que eres un mulo de resta,
No podrás mantener siempre el engaño...
Y tarde ó pronto enseñarás la patá.

Te obligarán á remediar el daño
Que has hecho con proezas, que no envidio,
Así en tu patria como en suelo extraño;

Y á fin de disipar ese fastidio
Que tanta libertad debe causarte,
Irás á ser esclavo en un presidio.

No vayas, Bonifacio, á figurarte
Que estando de los tuyos en el foco
Lucir harás de tu insolencia el arte.

Porque trabajes mucho y duermas poco,
Te impondrán la sentencia castellana
Que dice: á burro lerdo, arriero loco.

Quiero decir, que aunque te falte gana
Para tomar las órdenes de cura,
Te darán cada día una sotana.

¡Y esta vida, infeliz, tan triste y dura,
Prolongarse verás por tantos días...
Que el presidio será tu sepultura!

Pero ¿á qué gasto el tiempo en letanias?
Tú no crees que el cotarro se alborote,
Ni realizadas ver mis profecías.

Haz, pues, lo que tú quieras, monigote;
Prosigue tus infamias olvidando
Que hay un juez... un grilete... y un garrote,
Y que te están de cerca amenazando.

J. M. VILLEGAS.

ERNESTO FEDERICO AUGUSTO RIETSCHEL,

PROFESOR DE ESCULTURA EN LA ACADEMIA DE ARTES EN DRESDE.

Este excelente discípulo de Rauch nació en Pulsúitz, en Sajonia, el año 1804. Su primera educación artística la recibió en las escuelas de dibujo de la Academia de Dresde, desde donde pasó á Berlín con los rudimentos necesarios á fin de continuar sus estudios en el obrador de Rauch, cuya fama llegaba entonces á su punto culminante. No le fué aquí adversa la suerte, pues el maestro, que al primer golpe de vista reconoció en aquel jóven entusiasta y despejado una verdadera vocación para el arte, le manifestó un interés extraordinario, no omitiendo



(Relieve de Rietschel.)

medio alguno, ya con sus lecciones ó con su ejemplo, para hacer de él un artista consumado. Así es, que bien podemos decir que la manifestación é incesante preferencia que Rauch dió á nuestro artista sobre todos sus demás discípulos, es un testimonio irrecusable de su gran talento. Cuando el año 1828 se propuso como tema para obtener el premio de la Academia un grupo que representara á Penelope cuando, á pesar de los consejos y oposicion de su padre Icario, seguía enamorada del errante Ulises, también Rietschel se presentó entre los concurrentes, y tuvo la satisfacción de que su obra se declarase la más perfecta, aunque como extranjero no se le pudiera adjudicar el premio. En esta misma esposición presentó también un modelo de una estatua de David que mereció igual aprobacion. Pero lo más admirable es el singular y rápido desarrollo de este jóven artista, que á los 28 años de edad manifestaba ya una independencia y aplomo extraordinarios. En el año de 1829 hizo su compañía de Rauch un viaje á Munich, donde se detuvo algún tiempo, y tres años después, en 1832, fué nombrado profesor de escultura en la Academia de Dresde, adonde se dirigió tanto más contento, cuanto que al fin le era permitido ocupar ahora en su patria una posición digna y correspondiente á su mérito artístico.

Desde esta época empezó el talento de Rietschel á desplegarse con gran riqueza en varias obras del arte, como lo demuestran Dresde, Leipzig y Berlín, donde se admiran multitud de producciones de este artista, entre las que debemos notar la estatua colosal del rey Federico Augusto en el trono en traje de la época, la de San Bonifacio, las de Schiller y Goethe en el teatro de Dresde, los bustos del rey de Sajonia, del duque Juan, de Shakespeare, Mozart, Beethoven y de otras muchas personas célebres, con gran variedad de relieves de gran mérito, de uno de los cuales damos un grabado en este número.

Todas las obras de Rietschel se distinguen por la limpieza de las líneas, la delicadeza de las formas, la claridad y lijereza de los ropajes, y últimamente por el vigor, originalidad y armonía en la composición; de modo que podemos asegurar que Rietschel es uno de los mejores escultores de nuestros tiempos, tanto por lo arriba dicho, cuanto porque ha logrado libertar este arte de la tiranía del clasicismo griego á que por tanto tiempo ha estado sujeto.

Director y propietario D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO y de LA ILUSTRACION, á cargo de Alhambra.